

DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL DE INGRESO DE LA ILMA. SRA. D.^a MARÍA DEL SOL SALCEDO MORILLA

Bartolomé Valle Buenestado
Académico Numerario

Sr. Presidente de la Real Academia,
Junta Rectora y Cuerpo Académico,
Sra. Marisol Salcedo,
Autoridades y público asistente.

Mis primeras palabras son de satisfacción por contestar en nombre de la Academia al discurso de ingreso de D.^a María del Sol Salcedo Morilla, de agradecimiento a la Institución por haberme designado para tal cometido y de felicitación a la beneficiaria.

De acuerdo con nuestra normativa, la contestación al discurso debe comprender una referencia al mismo y una alusión a los méritos de la persona aspirante. Así lo haré y, en consecuencia, esta intervención estará estructurada en las dos comprensivas partes.

Como proemio voy a reparar en algo tan obvio como es el significado del término Academia: «sociedad científica, literaria o artística establecida con autoridad pública» —la nuestra nada menos que en 1810— y como espacio de aproximación conceptual, fundacional y filosófica a Platón y al jardín de Akademo.

El discurso que acabamos de escuchar en su temática, contenido y forma reúne los requisitos del citado término Academia y, por ende, de la exigencia de la Institución: tiene un gran contenido científico, es una excelente pieza literaria y ha sido expuesto con el difícil arte de la palabra oral y escrita al que nos tiene acostumbrados D.^a María del Sol Salcedo.

Tiene este discurso el valor adicional de concordar en contenido y naturaleza con la Sección de Bellas Letras de la Academia, para la que ha sido propuesta su autora. Igualmente, por su referencia e incardinación en el

mundo clásico, hace honor y recuerdo a su predecesor: el del Dr. D. Joaquín Mellado Rodríguez, de tan feliz memoria en la Academia como en la vida, y seguramente también a su buen padre, académico que fue de esta Casa y con quien la ciudad tiene contraídas innumerables deudas de gratitud, entre otras que el Gran Teatro de Córdoba, con ese nombre que le da esencia, esté en pie y vivo tras ciento cincuenta años.

Para la ocasión D.^a Marisol ha presentado el discurso titulado *Prometeo encadenado: el fuego y el Mediterráneo*, centrado en la tragedia que escribiera Esquilo en pleno siglo de Pericles, pocos años antes de la construcción del Partenón, y de que Fidias esculpiese en el friso a los dioses del nuevo Olimpo, expresión del politeísmo griego y del henoteísmo de Zeus, responsable de la condena, cautiverio y sufrimientos de Prometeo.

Se trata de un mito que trasciende a su tiempo y a su espacio, y se convierte en uno de los temas embrionarios de la cultura occidental, un tema transversal en sincronía y diacronía, en tiempo y en espacio, en levadura cultural, en esquema de relación entre los hombres, de diálogo consigo mismos y de estos con los dioses o con Dios.

Es de agradecer la elección de este tema, que por conocido es difícil de presentar, por su carácter de tragedia clásica difícil de abordar, por su contenido abierto a todo pensamiento, difícil de resumir y por su universalidad difícil de sintetizar. Máxime si se desarrolla con brillantez y se le incorporan elementos nuevos.

En efecto, el discurso de nuestra recipiendaria consta, tomando al pie de la letra su enunciado, de tres elementos: *Prometeo, el fuego y el Mediterráneo*. A ellos me voy a referir a continuación, sin más ánimo que el de exaltar a modo de réplica —en la acepción antigua de la palabra, no en la de contradecir u oponerse— cuanto la nueva académica acaba de expresar.

Prometeo encadenado es una tragedia profundamente griega, una osada manifestación de un espíritu rebelde y libertario en la cual su autor, Esquilo, pone la literatura al servicio de la teología, una historia de dioses ligados a los humanos, la historia de un dios desplazado y sufriente por causa de su amor a la humanidad, pues ha robado el fuego a Zeus y lo ha entregado a ésta, transmitiendo a los humanos mediante el uso racional del mismo vida, civilización y progreso.

El mito de Prometeo, en tanto en cuanto el fuego otorgó a los humanos la capacidad de discernimiento por mor de la inteligencia, se ha relacionado con el mismo Génesis, capítulos 2 y 3, con la escena del Edén en

la cual Yavé Dios puso al hombre, permitiéndole comer de todos los árboles excepto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Luego «la serpiente, la más astuta de cuantas bestias del campo hiciese Yavé Dios», tentó a Eva para que incumpliera la prohibición, asegurándole —a decir del libro sagrado— que «el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal. Vio, pues la mujer que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría, y tomó de su fruto y comió...»

La presencia e influencia del mito de Prometeo fue grande en la Antigüedad, se reactivó en el Renacimiento y en nuestro Siglo de Oro y en el Barroco. Quién no recuerda la obra de Calderón de la Barca *La estatua de Prometeo*, al infeliz y mísero Segismundo, a Lope de Vega o nuestro Luis de Góngora. E igualmente las representaciones pictóricas de todos los tiempos debidas a pinceles tan excelsos como los de Tiziano o Rubens.

Con todo fue durante los siglos XVIII y XIX cuando el mito de Prometeo encadenado alcanzó su cima, sin duda por la coincidencia simbólica con algunos ideales de la Ilustración (razón, progreso, ciencia, humanismo), o el Romanticismo por la atmósfera social y espiritual de la época, en plena revolución industrial y científica, cuando el futuro era percibido con anhelo como liberación, la ciencia como nueva religión, el progreso como logro de la inteligencia y de una técnica alimentada por el vapor generado por el fuego del carbón. A ello coadyuvaron las teorías de Darwin o del mismo Karl Marx, quien en el colofón al proemio de su tesis doctoral se refiere a Prometeo como el santo y mártir más sublime del calendario filosófico, y a sus propias doctrinas como el dios desencadenante, como el Hércules de Prometeo. Lo que, desde otra posición, pero asumiendo el estado de cosas del siglo XIX, fue replicado por el papa León XIII en 1891 con la publicación de la encíclica *Rerum Novarum*.

Más tardíamente, y siempre a título de ejemplo cercano, es innegable la influencia del *Prometeo* en autores de nuestra Generación del 98 como Miguel de Unamuno, quien en sus obras *San Manuel bueno, mártir* o *El Cristo de Velázquez* expresa su drama vital claramente coincidente con el de Prometeo. O a mediados del siglo XX, en 1952, el Prometeo de Gloria Fuertes, de claras resonancias unamunianas y probablemente muy depurado por la censura en tiempos del ministro Arias Salgado. Y en tantas y tantas obras, citadas por la recipiendaria, o referencias en el cine contemporáneo, como, igualmente ella ha expresado.

Hoy por hoy, *Prometeo* sigue siendo un mito con plena vigencia, una tragedia representada en distintos escenarios. La misma Marisol Salcedo —según nos ha confesado— fue actriz de reparto en 1980 en Málaga interpretando a Metis, y en el campo de la excelencia dramática, sin desmerecer de la mencionada representación ni de la artista que aquí nos acompaña, fue representada en el «56° Festival de Teatro Clásico de Mérida», en julio de 2010, y ha abierto el festival de teatro clásico por antonomasia: el de Siracusa, el día 11 de mayo de este mismo año de 2023. Y ello sin olvidar nuevos libros como el *Prometeo* de Luis García Montero de reciente publicación, también llevado a escena en Mérida en 2019.

Pero el fuego robado por Prometeo, transportado en una cañaheja y reproducibile mediante un tallo seco de gamona —arbusos del Mediterráneo— tal y como hacíamos los niños de pueblo para los cuales el mundo no había cambiado tanto desde los tiempos de la tragedia griega, no es sólo el fuego físico, una fuente de calor o de energía para la transformación de los alimentos, una gastronomía para el cuerpo, como ya se ha citado, o para la fundición de metales —verdadera gastronomía de la vida cotidiana y de la guerra— pues no en vano los tiempos referidos por Edipo pueden concretarse en el tránsito de la edad del bronce a la del hierro.

Es un fuego controlado por la inteligencia, luz de la misma y al servicio de ella, es la fuerza que trae el beneficio incomparable de la vida civilizada y del progreso, del entendimiento, de la filosofía, de la política y de la vida urbana... Gracias al fuego y a Prometeo los humanos, que antes eran necios, se tornan inteligentes y poseedores de espíritu.

La Sra. Salcedo ha destacado magistralmente a lo largo de su discurso el sentido y el poder del fuego y ha enfatizado en palabras de Harari su gran contribución al progreso material de la humanidad mediante su uso gastronómico o en la preparación de alimentos. Y antes que él, Roy Lewis de un modo tan serio y riguroso como divertido es el título de su libro —¿*Por qué me comí a mi padre?*— destacó su valor como epicentro de la primera gran revolución de la humanidad. A la cual quizás cupiera añadir en una elemental trilogía de revoluciones la invención de la escritura y su reproducción mecánica por la imprenta y la incorporación del ciberespacio como territorio real y virtual en el momento presente, a partir de los cuales se está dibujando el futuro hasta donde nos es posible conocer con los dioses de un nuevo olimpo informático.

El fuego de Prometeo además de llama y brasa para la materia es rescoldo y combustible para el pensamiento, es la energía que une a los efímeros y a los dioses y que estará omnipresente en la cultura de los pueblos mediterráneos que le han dado tantos usos y para cuyo imaginario tienen tanto significado.

El tercer término del discurso es *Mediterráneo*, que entendemos en una doble acepción: como nombre propio o como adjetivo relativo a su entorno geográfico. El primero, como tal, no es mencionado por Esquilo; solamente hace alusión al mar Jónico. En cambio el texto de la tragedia está lleno de nombres de lugares y de atributos de los mismos, unos reales y otros ficticios. Aunque en ocasiones hay concreción sobre el lugar en general se trata de topónimos literarios y fantásticos, de paisajes sin cartografía, de una geografía mitológica elaborada por la imaginación de dioses y de hombres, como el viejo mapa que quiso componer Fray Mauro en el siglo XV con las referencias de los viajeros que llegaban a Venecia, o como el mapa del cuento de Borges.

Europa es citada y Asia, y Arabia, y las tierras etíopes de raza negra, y el río Nilo que fecunda los campos de su amplio cauce.

Sorprende que el ecúmene divino y humano se extienda en sentido latitudinal —de Norte a Sur— desde el Mar Negro y Cáucaso —lugar de encadenamiento de Prometeo— hasta las cataratas del río africano, y que en sentido horizontal —longitudinal— abarque sólo desde Arabia hasta Sicilia. Pese a la reducción del espacio mediterráneo a sus confines orientales, la geografía literaria del *Prometeo encadenado* es significativa geográfico de un territorio simpar que ocupa varios mares y tres continentes, lugar de asiento de culturas y civilizaciones, lugar de radicación de dioses y humanos, del paraíso terrenal y de los templos faraónicos.

Su diversidad ecológica permite la concreción biogeográfica de animales y plantas —fuente de alimentación y condimentos— y respaldo para una diversidad cultural en todos los órdenes de la vida y que en el momento que nos ocupa vienen a enlazar la tragedia griega, motivo de este discurso, con una de las líneas de investigación desarrolladas por Marisol Salcedo en su ejercicio académico.

Es muy agradable comprender todo ello a través de su discurso de ingreso y motivo de satisfacción por cuanto hace relucir a su persona y dar brillo a la Academia, como si ambas estuvieran lustradas por el mismísimo fuego de Prometeo.

Y voy a la segunda parte del discurso que anuncié al comienzo, advirtiéndolo previa y prudentemente que será tan breve en el tiempo como sustantiva en el decir.

D.^a María Sol Salcedo es una académica antigua: correspondiente en Villafranca desde 2002 y en Córdoba desde 2013. Maestra de formación, vocación y ejercicio y Licenciada en Artes Escénicas, ha recibido numerosos premios y diplomas, habiendo ejercido la profesión docente durante treintaicinco años. Sus líneas de investigación son el teatro clásico, con especial atención al greco-latino, y la gastronomía mediterránea y la cocina popular como uno de los principales acervos culturales de sus sociedades.

Académica sin mácula, omnipresente, activa y colaboradora en un sinnúmero de eventos organizados por la Real Academia y autora de numerosas comunicaciones, reúne un currículum intenso y extenso que le avaló en su día como candidata a académica numeraria, felizmente hoy en trance de culminación.

Asimismo, es autora de un amplio elenco de publicaciones de sus especialidades. Con independencia de las referencias en libros, en el Boletín de la Academia y en obras de diverso tipo, destacan sus numerosísimos artículos en la prensa, siempre escarapate de una prosa sencilla, locuaz, brillante y reconocible, que han hecho de nuestra académica *in pectore* una persona conocida y reconocida dentro y fuera de la Academia, lo que a ella le ha reportado prestigio intelectual y a nuestra institución presencia social y proyección exterior.

Sus méritos y actitud admirable desde la Academia —hasta envidiable a ojos de quien les habla si ello no fuese pecado a los ojos de Dios y de Prometeo— son razones más que suficientes para su proclamación como Académica Numeraria a la cual, con permiso del Sr. Presidente, le traslado la felicitación corporativa y el deseo de que sea en buena hora y por mucho tiempo para satisfacción propia y beneficio de la Academia que gozosamente la recibe.

He dicho.